



TERRORISMO

# FUNDAMENTOS TEÓRICOS DEL EXTREMISMO VIOLENTO

EL APORTE DEL MODELO DE MOGHADDAM

Francisco Javier Moreno Oliver

Doctor en Psicología. ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-9306-2125>



## INTRODUCCIÓN

La radicalización violenta se ha consolidado en las últimas décadas como un objeto de estudio prioritario para las ciencias sociales, la psicología, la criminología y los estudios de seguridad internacional. El aumento de atentados terroristas de diversa motivación ideológica —ya sea política, religiosa o identitaria— ha puesto de relieve la necesidad de comprender no solo los factores estructurales que favorecen la emergencia del extremismo, sino también los procesos psicológicos y sociales que conducen a ciertos individuos a adoptar creencias radicales y, en casos extremos, a participar en actos de violencia organizada. En este sentido, el análisis de la radicalización no puede limitarse a explicaciones simplistas basadas en perfiles demográficos o patologías individuales, sino que requiere un enfoque multidimensional que integre variables contextuales, dinámicas grupales y mecanismos cognitivos. Desde esta perspectiva, comprender cómo personas aparentemente ordinarias llegan a justificar, legitimar o ejecutar actos extremistas constituye un desafío central para el diseño de políticas de prevención del terrorismo y de programas de desradicalización.



La radicalización no suele producirse de manera súbita ni espontánea; más bien, se trata de un proceso progresivo en el que confluyen percepciones de injusticia, experiencias de exclusión, construcción de identidades colectivas polarizadas y procesos de legitimación moral de la violencia. Analizar este recorrido permite identificar puntos de intervención temprana y estrategias orientadas a fortalecer la resiliencia individual y comunitaria frente a narrativas extremistas.

Uno de los modelos teóricos más influyentes para explicar este proceso es la denominada “Escalera de la radicalización” (Staircase to Terrorism), propuesta por el psicólogo social Fathali M. Moghaddam. Este modelo conceptualiza la radicalización como un proceso gradual y escalonado, compuesto por distintos niveles psicológicos y sociales que filtran progresivamente a los individuos. En cada “escalón” se reduce el número de personas dispuestas a avanzar hacia formas más intensas de compromiso extremista, hasta que solo una minoría alcanza el último nivel, donde se legitima y ejerce la violencia extrema (Moghaddam, F.M. 2005).

La metáfora de la escalera permite comprender cómo factores estructurales —como la percepción de injusticia o la falta de oportunidades— interactúan con procesos psicológicos individuales, tales como la atribución de culpa, la deshumanización del adversario y la obediencia a la autoridad. De este modo, el modelo no solo describe las etapas del proceso de radicalización, sino que también subraya la importancia del contexto social y político en el que este se desarrolla. A partir de esta base teórica, el presente trabajo se propone analizar en profundidad los distintos niveles de la escalera de Moghaddam, examinando sus aportes, alcances y posibles limitaciones en el estudio contemporáneo del extremismo violento.

## EL MODELO DE LA ESCALERA DE LA RADICALIZACIÓN

Este modelo constituye uno de los marcos teóricos más influyentes para comprender el tránsito progresivo desde el descontento social hasta la comisión de actos terroristas. A través de la alegoría de una escalera ubicada dentro de un edificio, el autor describe cómo un amplio número de individuos se sitúa en la base, pero solo una minoría asciende hasta los niveles superiores donde se ejerce la violencia extrema (Moghaddam, F.M. 2005). Cada escalón representa transformaciones graduales en la percepción de injusticia, en la evaluación de las alternativas disponibles y en la justificación moral de la violencia. A medida que se asciende, se reducen las opciones percibidas y se intensifica el compromiso con una causa radical, configurándose un proceso de filtrado psicológico y social.

### Planta baja: condiciones psicológicas y sociales

En la base de la escalera se encuentran las condiciones estructurales y las percepciones subjetivas que generan malestar social. Moghaddam, F.M. (2005) sostiene que la percepción de injusticia, la privación relativa y la falta de oportunidades constituyen factores centrales en esta etapa. La teoría de la privación relativa, desarrollada previamente por Gurr, T.R. (2015), resulta especialmente pertinente para comprender cómo las discrepancias en-



-tre expectativas y logros percibidos pueden generar frustración y resentimiento. No obstante, es importante subrayar que estas condiciones no conducen automáticamente a la violencia. La mayoría de los individuos que experimentan desigualdad o exclusión no se radicalizan. Sin embargo, tales percepciones pueden crear un clima psicológico propicio para la adopción de narrativas que atribuyen la responsabilidad del malestar a actores externos y que ofrecen explicaciones simplificadas de la realidad social (Moghaddam, F.M. 2005).

- **Primer escalón: búsqueda de soluciones**

En el primer escalón, los individuos comienzan a buscar mecanismos para afrontar la injusticia percibida. Según Moghaddam, F.M. (2005), cuando las vías institucionales —como la participación política, la movilidad social o los recursos legales— son consideradas ineficaces o inaccesibles, se intensifica la frustración y emerge la disposición a contemplar alternativas no convencionales.

Este proceso puede verse reforzado por contextos de represión estatal, corrupción o discriminación sistemática, que reducen la confianza en las instituciones y fortalecen la percepción de bloqueo estructural. Desde la perspectiva de la psicología social, la frustración acumulada puede incrementar la probabilidad de conductas agresivas, especialmente cuando se percibe que los canales legítimos de cambio están cerrados (Dollard, J. et al., 1939). En este nivel, aún no existe necesariamente una adhesión explícita a la violencia, pero sí una mayor apertura hacia discursos radicales que prometen soluciones inmediatas y contundentes.

- **Segundo escalón: desplazamiento de la agresión**

El segundo escalón se caracteriza por un proceso psicológico de externalización de la culpa. Los individuos comienzan a identificar actores específicos como responsables de su situación, ya sean gobiernos, élites políticas, grupos étnicos, religiosos o culturales. Este desplazamiento de la agresión facilita la construcción de narrativas dicotómicas basadas en la oposición “nosotros versus ellos”, elemento central en muchos procesos de radicalización (Moghaddam, F.M. 2005).

La teoría de la identidad social (Tajfel, H. y Turner, J.C. 1979) ayuda a explicar cómo la categorización grupal y la comparación intergrupal pueden intensificar la polarización y reforzar percepciones de amenaza. En este contexto, el grupo de pertenencia se percibe como víctima, mientras que el exogrupo es representado como responsable del agravio. Este proceso no solo simplifica la complejidad social, sino que también prepara el terreno para la justificación moral de acciones hostiles contra el “enemigo”.

- **Tercer escalón: legitimación moral de la violencia**

En el tercer escalón, la violencia comienza a ser percibida como moralmente justificable. Las ideologías extremis-



-tas proporcionan marcos interpretativos que redefinen la violencia como un acto de defensa, venganza o cumplimiento de un deber superior (Moghaddam, F.M. 2005).

En esta fase, adquieren especial relevancia los mecanismos de desconexión moral descritos por Bandura, A. (1999), tales como la justificación moral, la deshumanización del adversario y la difusión de la responsabilidad. La deshumanización desempeña un papel crucial, ya que reduce las barreras éticas frente al daño infligido a otros. Al representar al enemigo como inmoral, peligroso o inferior, se facilita la aceptación de la violencia como una respuesta legítima. En consecuencia, el uso de la fuerza deja de percibirse como una transgresión normativa y pasa a interpretarse como una acción necesaria para restaurar la justicia o proteger al grupo propio.

- **Cuarto escalón: adhesión a grupos extremistas**

En el cuarto nivel, los individuos suelen integrarse en organizaciones extremistas que estructuran y canalizan su compromiso ideológico. Moghaddam, F.M. (2005) destaca que la dinámica grupal desempeña un papel fundamental en esta etapa. La presión normativa, la obediencia a la autoridad y la cohesión interna refuerzan la lealtad al grupo y reducen la probabilidad de disenso.

Los hallazgos clásicos de Milgram, S. (1974) sobre la obediencia y de Zimbardo, P. (2007) sobre la influencia situacional ilustran cómo contextos grupales específicos pueden fomentar conductas que, en circunstancias ordinarias, resultarían impensables. Además, el aislamiento progresivo del entorno social previo y la vigilancia interna dentro de la organización limitan las oportunidades de abandono, consolidando el compromiso con la causa radical.

- **Quinto escalón: terrorismo y violencia extrema**

En la cima de la escalera se encuentran quienes ejecutan o apoyan directamente actos terroristas. En este nivel, la violencia se percibe como inevitable y necesaria, y las víctimas son completamente deshumanizadas (Moghaddam, F.M. 2005). El individuo ha internalizado plenamente la ideología extremista y ha reducido sus alternativas conductuales a la acción violenta.

No obstante, Moghaddam subraya que solo una pequeña fracción de quienes se sitúan en la base de la escalera alcanza este último nivel. Este carácter selectivo del proceso pone de relieve la importancia de intervenciones tempranas dirigidas a abordar las percepciones de injusticia, fortalecer la inclusión social y ofrecer canales legítimos de participación. Desde esta perspectiva, el modelo no solo posee valor explicativo, sino también implicaciones prácticas para la prevención del extremismo violento.

## APORTES Y LIMITACIONES DEL MODELO

El modelo de la Escalera hacia el terrorismo propuesto por Moghaddam, F.M. (2005) ha sido ampliamente reconocido por su valor heurístico y su capacidad explicativa en el análisis de la radicalización violenta. Uno de sus principales aportes radica en su enfoque procesual, al conceptualizar la radicalización no como un evento súbito o irracional, sino como una trayectoria gradual compuesta por etapas sucesivas. Esta perspectiva resulta especialmente relevante, ya que desplaza la atención desde explicaciones centradas exclusivamente en perfiles individuales o patologías hacia un análisis dinámico que integra factores estructurales, psicológicos y sociales.

Desde el punto de vista preventivo, el modelo ofrece una herramienta conceptual útil para identificar momentos críticos de intervención. Al describir los distintos “escalones” por los que transitan los individuos, permite reconocer fases tempranas en las que aún existen múltiples alternativas conductuales y donde las políticas públicas pueden incidir con mayor eficacia. Por ejemplo, en los niveles inferiores de la escalera, las estrategias orientadas a reducir la exclusión social, fortalecer la participación política y mejorar la percepción de justicia institucional pueden disminuir la probabilidad de que los individuos avancen hacia posiciones más radicalizadas (Moghaddam, F.M. 2005). En este sentido, el modelo ha contribuido a reforzar la idea de que la prevención del extremismo violento debe comenzar mucho antes de que se manifiesten conductas abiertamente terroristas.

Otro aporte relevante es su integración de distintos niveles de análisis. La propuesta de Moghaddam articula variables macroestructurales —como desigualdad, represión o falta de oportunidades— con procesos psicosociales como la polarización, la deshumanización y la obediencia a la autoridad. Esta combinación permite superar explicaciones reduccionistas y comprender la radicalización como un fenómeno multicausal. Asimismo, el modelo destaca el carácter selectivo del proceso: solo una pequeña minoría de quienes experimentan agravios estructurales asciende hasta el nivel de la violencia extrema, lo que subraya la importancia de los filtros psicológicos y sociales intermedios (Moghaddam, F.M. 2005).





No obstante, el modelo también ha sido objeto de críticas. Diversos autores señalan que, pese a su valor descriptivo, puede simplificar en exceso trayectorias individuales complejas. Horgan, J. (2008) advierte que los procesos de radicalización y desradicalización no siempre siguen una secuencia lineal ni uniforme. En muchos casos, los individuos pueden experimentar avances, retrocesos o trayectorias no lineales, influidas por factores contingentes como redes sociales, experiencias personales específicas o acontecimientos políticos inesperados. Desde esta perspectiva, la metáfora de la escalera podría transmitir una imagen excesivamente ordenada y progresiva de un fenómeno que, en la práctica, suele ser más dinámico y cambiante.

Asimismo, algunos investigadores han cuestionado la capacidad del modelo para capturar plenamente la diversidad de contextos culturales y políticos en los que ocurre la radicalización. McCauley, C. y Moskalenko, S. (2008), por ejemplo, proponen un enfoque más amplio que distingue múltiples mecanismos de radicalización a nivel individual, grupal y masivo, destacando que los caminos hacia el extremismo pueden variar considerablemente según el entorno sociopolítico. En contextos de conflicto armado, ocupación extranjera o represión sistemática, las dinámicas de radicalización pueden diferir sustancialmente de aquellas observadas en sociedades democráticas estables.

Otra limitación señalada se refiere a la escasa atención que el modelo presta a los procesos de desradicalización y desvinculación. Si bien Moghaddam, F.M. (2005) menciona la importancia de la prevención temprana, el esquema teórico se centra en el ascenso hacia la violencia, sin desarrollar con igual profundidad los mecanismos mediante los cuales los individuos abandonan grupos extremistas o revisan sus creencias radicales. Investigaciones posteriores han destacado que la desradicalización puede obedecer a factores tan variados como cambios en la identidad personal, desencanto ideológico, presiones familiares o incentivos institucionales (Horgan, J. 2009).

En síntesis, el modelo de la Escalera hacia el terrorismo constituye una contribución significativa al estudio de la radicalización violenta, especialmente por su enfoque procesual y su utilidad preventiva. Sin embargo, su carácter esquemático y lineal exige complementarlo con perspectivas que incorporen la complejidad, diversidad contextual y naturaleza dinámica de las trayectorias individuales. Más que un modelo exhaustivo, la propuesta de Moghaddam puede entenderse como un marco conceptual inicial que orienta el análisis y que debe integrarse con enfoques empíricos y comparativos para captar la pluralidad de caminos hacia —y desde— el extremismo violento.

## CONCLUSIONES

El análisis del modelo de la Escalera hacia el terrorismo propuesto por Fathali M. Moghaddam permite afirmar que constituye una de las contribuciones más relevantes en la explicación psicosocial del extremismo violento. Su principal fortaleza reside en ofrecer un marco procesual que conceptualiza la radicalización como una trayec-





-toria gradual, estructurada en niveles sucesivos donde interactúan factores estructurales, cognitivos y grupales (Moghaddam, F.M. 2005). Esta perspectiva resulta particularmente valiosa al desplazar interpretaciones reduccionistas centradas exclusivamente en rasgos individuales o patologías, subrayando en cambio la importancia de las percepciones de injusticia, la privación relativa y la progresiva legitimación moral de la violencia.

El modelo pone de relieve que la radicalización no es un fenómeno homogéneo ni inevitable, sino selectivo: solo una pequeña fracción de quienes experimentan agravios estructurales asciende hasta la violencia extrema (Moghaddam, F.M. 2005). Este carácter filtrado del proceso refuerza la necesidad de intervenir en los niveles iniciales, donde aún existen múltiples alternativas conductuales. En este sentido, la propuesta de Moghaddam ofrece importantes implicaciones para la prevención del extremismo violento, ya que orienta las políticas públicas hacia el fortalecimiento de la inclusión social, la legitimidad institucional y la participación política efectiva.

Asimismo, el modelo dialoga con otros desarrollos teóricos de la psicología social. La centralidad de la privación relativa (Gurr, T.R. 2015), los procesos de categorización y polarización intergrupala (Tajfel, H. y Turner, J.C. 1979), y los mecanismos de desconexión moral (Bandura, A. 1999) permiten comprender cómo las percepciones de agravio pueden transformarse en justificaciones normativas de la violencia. De este modo, la Escalera integra distintos niveles analíticos en una estructura coherente que facilita el estudio interdisciplinario del fenómeno.

No obstante, las conclusiones también deben reconocer las limitaciones del modelo. Diversos autores han señalado que los procesos de radicalización pueden ser no lineales y variar significativamente según el contexto sociopolítico, lo que cuestiona la rigidez secuencial implícita en la metáfora de la escalera (Horgan, J. 2008; McCauley, C. y Moskalenko, S. 2008). Además, el modelo se centra prioritariamente en el proceso de ascenso hacia la violencia, dedicando menor atención a los mecanismos de desradicalización y abandono, aspecto fundamental para el diseño de estrategias integrales de intervención (Horgan, J. 2009).

La Escalera de la radicalización de Moghaddam representa un modelo explicativo sólido y pedagógicamente potente para comprender el extremismo violento desde una perspectiva psicosocial.

Si bien no agota la complejidad del fenómeno, ofrece un marco analítico que permite identificar factores de riesgo, momentos críticos y posibles puntos de intervención. Su utilidad radica tanto en su capacidad explicativa como en su potencial preventivo, siempre que sea complementado con enfoques empíricos y contextuales que atiendan la diversidad de trayectorias hacia —y desde— la radicalización violenta.



## REFERENCIAS

- Bandura, A. (1999). Moral disengagement in the perpetration of inhumanities. *Personality and Social Psychology Review*, 3(3), 193–209. [https://doi.org/10.1207/s15327957pspr0303\\_3](https://doi.org/10.1207/s15327957pspr0303_3)
- Dollard, J., Doob, L., Miller, N., Mowrer, O., y Sears, R. (1939). *Frustration and aggression*. Yale University Press.
- Gurr, T. R. (2015). *Why men rebel*. Princeton University Press.
- Horgan, J. (2008). From profiles to pathways and roots to routes: Perspectives from psychology on radicalization into terrorism. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 618(1), 80–94. <https://doi.org/10.1177/0002716208317539>
- Horgan, J. (2009). *Walking away from terrorism: Accounts of disengagement from radical and extremist movements*. Routledge.
- McCauley, C., y Moskaleiko, S. (2008). Mechanisms of political radicalization: Pathways toward terrorism. *Terrorism and Political Violence*, 20(3), 415–433. <https://doi.org/10.1080/09546550802073367>
- Milgram, S. (1974). *Obedience to authority: An experimental view*. Harper & Row.
- Moghaddam, F. M. (2005). The staircase to terrorism: A psychological exploration. *American Psychologist*, 60(2), 161–169. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.60.2.161>
- Tajfel, H., y Turner, J. C. (1979). An integrative theory of intergroup conflict. En W. G. Austin y S. Worchel (Eds.), *The social psychology of intergroup relations* (pp. 33–47). Brooks/Cole.
- Zimbardo, P. (2007). *The Lucifer effect: Understanding how good people turn evil*. Random House.